



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XIX Domingo durante el año
10-VIII-2008

Textos:

I Rey.: 19, 9. 11-13a.

Rom.: 9, 1-5.

Mt.: 14, 22-23.

“«Ven», le dijo Jesús. Y Pedro, bajando de la barca, comenzó a caminar sobre el agua en dirección a Él”.

El testimonio de la fe es el tema común a los tres pasajes de la Palabra de Dios que hoy la Iglesia nos propone para la meditación. Por su fe el profeta Elías es perseguido, pero Dios lo consuela y se le manifiesta sobre el monte Horeb, donde se dirigió queriendo salvaguardar la alianza y restablecer la pureza de la fe, allí se había revelado el verdadero Dios a Moisés. Pablo está dispuesto a sufrir las más graves persecuciones para que sus hermanos de raza alcancen la fe en Cristo, y Pedro por su poca fe se hunde en el agua, pero Jesús interviene y lo salva.

Hermanos, el camino de Pedro es el tipo (modelo) del itinerario de la fe de todo hombre, y por lo tanto, nos ayuda a reflexionar y a revisar la situación de nuestra fe. “Ya no es suficiente contentarse con una fe genérica, porque hay una relación estrechísima entre la conversión bautismal al Dios de Jesucristo, la misión personal que se nos da en Jesús y el estilo de nuestro modo de pensar, de hablar, de obrar, de juzgar” (Card. Martini). No hay nada en nuestra vida que la fe no impregne.

El episodio que hoy el evangelio nos relata, muestra como Pedro, abandonado a sí mismo, sólo es capaz de errar y seguir recayendo en el error, como se manifiesta débil y frágil. A pesar de esto, él intuye el poder de Cristo y por eso se dirige hacia Él caminando sobre las aguas, pero como nos ocurre a nosotros, dirige su mirada a otra cosa, fija su mirada sobre las dificultades y sobre los problemas causados por la tempestad, se desorienta y empieza a hundirse inexorablemente. Esto que le ocurre a Pedro es, para nosotros, una invitación a no apartar los ojos de Jesús.

En el llamado de Jesús a Pedro: “Ven”, no es otra cosa que la iniciación a la fe, ante el aparente fantasma del lago, los discípulos deben aprender a creer, por el simple «soy yo» del Señor; y Pedro, que baja de la barca, tiene miedo de nuevo y empieza a hundirse, y Jesús lo reprende: “hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”. Cuántas veces nos ocurre esto mismo a nosotros que en lugar de pensar lo que podemos o no podemos, deberíamos dirigirnos, en virtud de la fe que se nos ha dado, hacia Jesús el Señor.

Hermanos, la fe no es creer en cualquier cosa, lo que está de moda en materia religiosa, “debemos ser concientes -dice Pablo VI- de la inquietud que agita en relación con la fe ciertos ambientes modernos, los cuales no se sustraen a la influencia de un mundo en profunda mutación en el que tantas cosas ciertas se impugnan o discuten. Vemos que aún algunos católicos se dejan llevar de una especie de pasión por el cambio y la novedad” (“Credo del Pueblo de Dios, Introducción”).

Hoy debemos comprender que la fe que debemos tener, es una fe no ingenua, una fe refleja, que está sometida a un permanente examen crítico. Es una “fe atacada”, dice R. Guardini, que tiene que asegurarse una y otra vez de su fundamento; por esto la insistencia en la formación; pues “una de las características más intranquilizadoras de nuestra época es el debilitamiento que está sufriendo la firmeza y la energía de la persona” (id.). esto lleva a que disminuya la capacidad de resistir en sí mismo y defender la fe, de superar la soledad en los ambientes adversos a nuestra fe, dejándonos muchas veces arrastrar por el mundo de la pura opinión. “No sin razón ha podido decirse que nuestro tiempo es «el siglo de la traición» (id.). Basta contemplar la apostasía de la fe de grandes grupos humanos y de la cultura dominante.

El papa Pablo VI, en el año de la fe, afirmaba: “Todos saben lo sacudida que está la certeza de la fe en los corazones de muchos hombres de nuestros días; especialmente a causa de la escasez del conocimiento de la religión verdadera” (L’ Oss. Rom., 1977).

Jesús se propone como punto de referencia y confianza para Pedro y para todo hombre que se debate en el temor, en la angustia y en la desesperación. En definitiva el llamado de Jesús a Pedro: “Ven”, es un llamado al abandono en Él, pues la fe nos hace romper el círculo de nuestras seguridades, y la meta del camino es Jesús mismo; de tal manera que la escena culmina con un acto de fe de los apóstoles: “Verdaderamente Tú eres el Hijo de Dios”; esto es la fe: la incondicional adhesión a la persona de Jesucristo.

Hermanos, todos estamos llamados a «edificar la fe», a anunciar el evangelio en medio de un mundo que se debate entre el humanismo con Dios, como ayuda al hombre para realizar su auténtico fin, y un humanismo sin Dios, que trae la ruina del hombre (Cof. Pablo VI).

El cristiano es alguien, que como san Pablo, no quiere salvarse solo, por eso pidamos al buen Dios que nos dé el ardor apostólico del Apóstol que desea “lo absurdo”, que quiere ser maldito para salvar a los de su propia raza, el mismo que llevó a santa Catalina de Siena a preguntar a Dios: “¿Qué consuelo podría hallar yo en poseer la vida, viendo que tu pueblo está privado de ella” (Sobre la providencia, L. H. IV, 53); que por Su gracia se fortalezca nuestra fe, y que nuestro camino sea el que por nosotros se hizo Camino.

Amén.

G. in D.